

RECUERDOS CON HISTORIA, 128

-UN CUARTEL SINGULAR-

Le tocó a un servidor, en los años mozos de juventud, efectuar el Servicio Militar en un cuartel especial, distinto a los demás, con características específicas y mucho trajín diario. Fue el llamado “GRUPO DE AUTOMOVILISMO DE BALEARES” (hace ya muchos años abandonado por la milicia) sito en la salida norte de Palma, a unos dos kilómetros de la ciudad, justo en la carretera que lleva a Valldemossa.

Del resto de acuartelamientos que había en el centro y en la periferia de la ciudad (Regtº de Infantería Palma nº 47, Regtº de Artillería Mixto nº 91, Batallón de Ingenieros XIV con su cuartel en las “Avenidas”...) apenas queda el recuerdo pues habiendo sido con mucha anterioridad, algunos de ellos, sede de viejos conventos y caducos cenobios no reunían, por su vejez y decadencia física, las mínimas condiciones necesarias para ser espacio de modernos asentamientos militares.

Poco a poco fueron desapareciendo, ya demolidos, ya remodelados, y sus solares destinados a finalidades no castrenses. No se incluye en esta desaparición el que fuera CIR-14 llamado “Campamento General Asensio” cuyas amplias instalaciones de Son Dureta, muy alejadas de Palma, sí pudieron seguir perteneciendo, desaparecidos los CIRs, a nuevas y bien acondicionadas dependencias del Ministerio de Defensa. Allí se trasladó al citado Regtº de Infantería y al Batallón de Ingenieros junto a una unidad de Zapadores y otra de Transmisiones.

Total, que libre el centro de la ciudad de vetustos acuartelamientos decimonónicos, quedó en pie el Grupo de Automovilismo, ubicado en la zona llamada de Son Simonet, abandonado definitivamente en la década de los 90, pero que no podía ser demolido como los otros por haber sido declarado, parece ser, edificio de interés local. Así, de esta manera, la construcción, olvidada de todos a pesar de la declaración de “interés”, vio como pasaban las décadas y los agentes atmosféricos, las hiedras trepadoras, la humedad y demás coadyuvantes a su envejecimiento, fueron haciendo del cuartel un fantasma de lo que fue. Desbaratado,

ruinoso, despojado de su carácter, reino de roedores, desconchado de fachada, cristalerías rotas, con destrozos y desmedros por doquier. Es decir, pura sombra de lo que había sido cuando un servidor lo habitaba y el ajetreo diario, del toque de diana al de silencio, hacían del cuartel un símbolo de intensa actividad con la constante entrada-salida de vehículos y el laboreo de oficiales y tropa entregados ambos a sus quehaceres reglamentarios.

Mas hete aquí que, de pronto, uno se entera que el inmenso acuartelamiento ha sido licitado y adjudicado y que la empresa adquirente construirá, en los 14.000 metros cuadrados que ocupa, una zona residencial: viviendas, jardines, espacios comunes y otros equipamientos. Es decir, que lo van a derrumbar a golpes de piqueta y a empujones de bárbaro bulldozer.

Esta espaciosa caserna fue, en su día, idea y obra de un Comandante de Ingenieros, don Joan Font Maimó, que lo diseñó al estilo arquitectónico de los años de la postguerra. Por eso este cuartel va a ser, con todo honor y gloria, el último de Filip..., perdón, de Palma de Mallorca; desaparecerá del mapa de la ciudad como desaparecieron los decrepitos cuarteles-convento del siglo XVIII de que hablábamos antes.

¿Y el recuerdo? ¿No habrá *recuerdo con historia* de este cuartel? ¿Ni siquiera cuando estaba en plena actividad limpio y reluciente como un Sol? Pues sí, habrá recuerdo. Lo habrá de sus estancias, de sus patios y de su constante movimiento interior pues alguien tuvo la excelente idea de captar las instantáneas adecuadas en el momento oportuno hace ya más de medio siglo. Las captó quien escribe estas líneas, o sea, un servidor.

Pertrechado (iba a decir armado) con una cámara fotográfica Voigtländer recién adquirida, me entretuve, en mis escasos ratos de ocio, en fotografiar el exterior y el interior del cuartel, su "movimiento", su labor, su quehacer, su alboroto, su sentir; en pocas palabras, su palpitante corazón y su alma inquieta si así se le puede llamar. Hoy, aquella ansiedad fotográfica ha de quedar para la Historia. Son imágenes irrepetibles hechas con el cariño que un joven soldado dispensó al cuartel y, sobre

todo, hacia quienes lo hacían diariamente vivo: jefes, oficiales, suboficiales y tropa.

Se le llamaba, como ya se ha dicho, "*Grupo de Automovilismo de Baleares*" quedando la palabra "Grupo" a criterio de quien quiera descifrarla en cuanto a su composición numérica. En Regulares, por ejemplo, también organizados en Grupos como bien se sabe, se consideraba el Grupo igual a Regimiento siempre bajo el mando y responsabilidad de un Coronel. En el caso que nos ocupa nunca lo sabremos pues si bien todo el conjunto "Automovilístico" estaba al mando de un Coronel, jamás pudieron reunirse en formación de orden cerrado todos los componentes del cuartel dado que siempre estaban de servicio la mayoría de los efectivos, ya fuera en ocupaciones diarias a bordo de los vehículos, ya en reparaciones urgentes (plancha, motor, transmisión, cambio, dirección...) en la zona de talleres, ya en salidas inesperadas y urgentes de camiones, autocares, ambulancias, etc. etc.

Pues menos mal que tomé las imágenes porque, de lo contrario, después del paso de la temible piocha y el espantable golpetazo del zapapico, no hubiera quedado ni medio recuerdo ni cuarto de memoria. Y todo eso con, lógicamente, grandísimo disgusto de San Cristóbal, patrón del acantonamiento automovilístico.

Y ahora, sin más preámbulo, paso a ofrecer las imágenes que, en 1967-68, obtuve de una dependencia militar tan característica.

Vicente Navarro Serra
Octubre, 2019



Ahí tenemos la fachada principal del acuartelamiento. Impresionante en su conjunto y arquitectura años 40. No falta nada: garitas, arbolado, escudo y lema en el frontis, puertas de entrada de vehículos (derecha) y salida (izquierda) y, por supuesto, suboficial y soldados de guardia.

Obsérvese la bandera a media asta. Corría la Semana Santa de 1968.



Ahora observamos la misma puerta de entrada pero vista desde el interior del cuartel. Asombrosa imagen absolutamente irrepetible. Hacia la izquierda de la imagen se entraba en la zona propia de "Automovilismo" con las naves para estacionar los vehículos prestos al servicio diario. A la

derecha estaba la zona llamada de “Parque y Talleres”. Justo en el centro, los surtidores de combustible.

En lo alto del frontal de este reverso de fachada se observa el “volante”, emblema característico de este Servicio. Nótese que abajo, a la derecha y frente a la puerta de salida, hay una pequeña formación de soldados preparados para la revista de paseo.



Uno de los patios. Ahí podemos ver con absoluta claridad algunos de los vehículos “pesados”.

-Camión Chevrolet modelo V de los “años 30”. También los había del modelo PV “años 40”.

-Autocares DODGE del año de la catapum.



Día de ajetreo total (como casi siempre) pues es requerido un servicio urgente para el que harán falta varios camiones para transporte de tropas y material. Ahí los vemos en hilera con sus chóferes embarcando en sus

respectivas cabinas a toda carrera y dispuestos a lo que haga falta. Doy fe que los viejos Chevrolet alcanzaban los 120 Km/h aunque, justo es reconocerlo, solían “perder” piezas por la carretera y, a veces, se rompían los palieres como si fueran de cartón.



Para no desbaratar la columna, al mando de un oficial, se ordena numerar con tiza la trasera de las cajas. Vemos el nº 9; tras él sigue el 10 aunque no se ve el número. Queda más que claro que un servidor ocupaba el camión nº 11 desde el que tomé la instantánea.



Un SEAT 1500 listo para servicio. Obsérvese la clásica banda blanca de los neumáticos y la bengala de General de Brigada anclada en vertical sobre el

capó. Chófer: soldado Julio Barrios Fernández, natural de Puebla de Sanabria (Zamora), “Julito” para los amigos. Ex-seminarista, culto, educado, poeta y filósofo. Falleció a las pocas semanas de acabar su Servicio Militar. Del cuartel al Cielo. “Julito” en el corazón.



Oficina- despacho del Tte. de Ingenieros J. Tortella, secretario del Comandante del Grupo, lugar donde un servidor ejercía, por las mañanas, de secretario del secretario en el mismo despacho.

Estampa humana de un tiempo que ya pasó. Destacan en primer plano, sobre la mesa, los “sellos” de la época. Nótese el teléfono de magneto colgado en la pared del fondo.

Con el Tte. Tortella, modelo de caballeros y ejemplo de militares, mantuve, durante muchos años, la amistad y el contacto hasta su marcha de este mundo en 1992. Hombre cabal, prudente, amable, durante más de veinte años, cada verano nos invitó, a mi mujer y a mí, a cenar en su casa de Palma con su familia. Hoy en día, pasado más de medio siglo, seguimos manteniendo la misma relación amistosa con su hijo que, en sus años de laboreo, fue el secretario del pintor Miró.



Desde una lejana ventana hice esta foto. Visita-revista del General Jefe de Tropas. Forman los oficiales (se ven de espaldas) y se observa, a la derecha, la cabeza de columna de la formación de tropa presentando armas. Nuestro inefable tocador de dianas, es decir, el “turuta” del cuartel, no era precisamente un virtuoso con su abollada trompetaza de viento-metal. Para la ocasión, hicieron venir un Sargento de Artillería que, con su cornetín de órdenes, hizo temblar las paredes.



La columna de camiones antes visionada a todo trapo por la autopista que rodeaba Palma. Loca andaba la aguja indicadora de velocidad.



La Compañía, es decir, los dormitorios, en perfecto estado de revista. Se barría con una mezcla de serrín y petróleo. Olía fatal pero desinfectaba perfecto.



Acabemos este repaso en la zona del patio de cocinas del cuartel que bien merecían, por una sola vez, el esfuerzo económico de un carrete a color Kodak aunque de los más baratitos...

“Mañana, se había leído en la Orden del Día anterior, hay minuta a base de tocino”. Claro que antes, al tocino, había que apiolarlo. Los soldados “cocineros”, que nunca en su vida civil habían matado media sardina, están en plena faena con una cerda de 200 quilos. Todos, menos el pobre animal, salieron airosos.